**10 Creer: Eternidad**

**Rick Brown**

**ChristBridge Fellowship (No Denominacional)**

**Tomball, Texas**

**Domingo, 26 de octubre de 2014**

Imagina que tuvieras la opción de vivir en la capital de uno de dos países. Puedes vivir en cualquiera de los dos lugares pero debes vivir cumpliendo los principios de vida de la ciudad que escojas.

A la primera ciudad le pondremos por nombre *Ciudad Nueva.* Si vives ahí, lo primero que tienes que hacer es renunciar a tu autonomía. Ahí no eres independiente. Hay una persona que gobierna la ciudad que es completamente buena, pero debes seguir la guía de ese líder para vivir allí.

Cualquiera puede vivir en *Ciudad Nueva.* Cualquiera puede ser un residente legal ahí. El gobernador ha abierto de par en par la puerta de la ciudad a cualquiera. Pero vivir ahí te costará tu independencia y tu autogobierno, aunque con la promesa de que siempre tendrás todo lo que necesites.

Puedes vivir ahí, o puedes vivir en la segunda ciudad. La llamaremos *Ciudad Libre.* Las reglas son diferentes. Todos los que viven ahí trabajan juntos para determinar cómo se desarrollarán sus vidas juntos. Pueden mantener su independencia. Pueden vivir por ellos mismos. En lugar de tener una persona que gobierna y que es el centro de la vida en la ciudad, *Ciudad Libre* no tiene un gobernador en el centro. De hecho, todos los que viven ahí se ven a sí mismos como el centro de su propia vida.

Cualquiera puede vivir en las dos ciudades. La gran diferencia es que si vives en *Ciudad Nueva,* debes confiar en el liderazgo de una persona que es completamente buena. La autoridad está en las manos de un sólo gobernador bueno. Si vives en *Ciudad Libre* debes confiar en ti mismo y en tus vecinos. La autoridad allí descansa sobre las manos de muchos pequeños gobernadores.1

¿Cuál escogerías?

Nos demos cuenta o no, esta es una decisión que tomamos cada día. *Ciudad Nueva* es una descripción breve de la vida en la ciudad de Dios, o la Nueva Jerusalén. Allí se alaba a Dios, se ama a los demás, y somos libres para ser como Dios nos creó. La *Ciudad Nueva* es el cielo.

*Ciudad Libre* es una versión resumida de la vida apartado de Dios en el centro. Aquí, Dios no es el centro. El individuo lo es. Aquí, las personas pueden vivir separadas los unos de los otros. Pueden ir a su casa al final del día, entrar con el automóvil por sus puertas con rejas y entrar a su casa donde cada uno tiene su propio espacio. Y son libres de no ser lo que fueron creados para ser. Pueden ponerse máscaras y crear «caras» para las redes sociales que esconden lo que realmente son. La *Ciudad Libre* es el infierno.

Y nosotros escogemos el infierno cada día.

Por eso el tema de Creer para esta semana es tan crucial: «Creo que hay un cielo y un infi­erno,

y que Jesús regresará para juzgar a todas las personas y establecer su reino eterno». Es relativamente seguro decir que todos estamos de acuerdo con esa afirmación. Lo que creemos acerca del cielo y el infierno… bueno, no es así. Digo esto porque seguro que aún estás pensando en la afirmación que acabo de hacer y preguntándote: «¿Cómo que escogemos el infierno cada día?».

Esta idea, junto con el fluir de este sermon está adaptada del libro muy útil de Joshua Ryan Butler, *The Skeletons in God’s Closet: The Mercy of Hell, the Surprise of Judgment, the Hope of Holy War* (Nashville: Thomas Nelson, 2014), p. 88.

Es porque, superficialmente, no parece tener sentido escoger el infierno por encima del cielo, ¿no es así? ¿Quién en su sano juicio escogería cosas infernales como palizas, abuso infantil, abuso sexual a través de la trata, o genocidio como parte de su mundo? ¿Quién escogería mentir, engañar, manipular, y la ira? ¿Por qué querría alguien escoger el infierno en lugar del cielo?

¿Y por qué un gobernador completamente bueno pondría a alguien en el infierno por la eternidad? Esa es probablemente la pregunta número uno que la gente tiene acerca de la fe cristiana, tanto gente ajena a la fe como aquellos que están dentro de ella. El infierno no parece compatible con un Dios bueno.

Puede que nos ayude echar un breve vistazo a lo que dice la Biblia cerca del cielo y el infierno. Comencemos con su origen. Es muy importante saber que en el principio ***Dios*** creó el cielo y la tierra (Génesis 1.1). A lo largo de las Escrituras hay una relación entre «el cielo y el infierno». Hay aproximadamente 200 versículos en el Antiguo y Nuevo Testamento en los que se encuentran juntas las palabras «cielo e infierno».2 Fueron creados juntos; y en el principio, todo era bueno.

Pero entonces el cielo y la tierra se hicieron pedazos por el pecado. Todo esto ocurre en los primeros tres capítulos de las Escrituras. El pecado no era parte de la creación buena de Dios. Es un intruso en su mundo bueno. La autoridad de Dios ha sido negada y las cosas cambian: en la tierra crecen espinos y cardos, Adán le echa la culpa a Eva, Caín mata a Abel, y para cuando aparece Noé, la tierra está llena de violencia (Génesis 6.11). Hicieron falta seis capítulos para llegar de una familia llena de violencia a que toda la tierra estuviera llena de violencia.

Ese era un mundo infernal. No venía de Dios. Dios no creó el infierno. ***Nosotros*** creamos el infierno. Pararé un momento para que lo asimilen. El comportamiento infernal vino cuando decidimos ir por nuestro propio camino en lugar del camino de Dios. El pecado separó a Adán y a Eva. A continuación, Adán le echó la culpa a Eva.

* ¿Alguna vez has estado al otro lado de un dedo acusador? Seguramente se sintió como el infierno.
* ¿Alguna vez alguien se ha enojado contigo? ¿Se quedaron así y puede que incluso les tuvieras miedo? Puede que hayas dicho que te hicieron pasar por un infierno.
* ¿Alguna vez has visto el chisme extenderse como el fuego? Santiago dijo que pasa. «También la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Siendo uno de nuestros órganos, contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, prende a su vez fuego a todo el curso de la vida» (Santiago 3.6).

Estos comportamientos no tienen lugar en el reino de Dios. Pero tienen lugar dentro de nosotros. El infierno consigue una entrada al mundo a través de nosotros.3 El problema es que no lo vemos. Queremos deshacernos del tráfico sexual, el genocidio y el hambre mundial. Vemos esas cosas como algo que otras personas (gente mala) hacen. Pero esas cosas existen gracias a la lujuria, la avaricia, y el egoísmo. Y esas cosas están en nuestro interior.

Cualquier charla acerca del cielo y el infierno debe comenzar con la comprensión de que estamos hablando acerca de algo que nos es cercano. Los problemas en nuestro mundo que incluso los no creyentes quieren erradicar son problemas que pueden originarse en cada uno de nosotros. El

2 Ibid, p. 8.

3

campo de juego está nivelado. «Por cuanto todos pecaron y fueron destituidos de la gloria de Dios». «No hay justo ni aún uno».

El infierno es algo que no queremos. Pero lo escogemos cada día cuando escogemos hacer lo que queremos hacer en lugar de preguntarle a Dios lo que Él quiere que hagamos. Lo escogemos cada día cuando dejamos que el enojo se salga con la suya. Lo escogemos cuando nos rendimos ante nuestra propia avaricia o nuestra glotonería. Lo escogemos cada día cuando la lujuria se apodera de nosotros.

El cielo no encaja con el infierno a pesar de que a menudo decimos «el cielo y el infierno» como si fueran complementarios. Y a pesar de esto, en el Antiguo y Nuevo Testamento las palabras «cielo e infierno» no se usan ni una sola vez en la misma frase. Cero.4

Dios creó el cielo y la tierra.

Nosotros creamos el infierno.

Esa es la historia de la Biblia. Pero afortunadamente no termina ahí. Hay otra parte. Y en esta siguiente parte descubrimos que hay una ciudad. Hay una Nueva Jerusalén.

Apocalipsis pinta el cielo como la Nueva Jerusalén. Es un lugar en el que está Dios: «Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios» (Apocalipsis 21.2-3).

Dios habita ***dentro*** de la ciudad con su pueblo. Él es su Dios, su gobernador. Él es el centro de su adoración. «No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo» (Apocalipsis 21.22). Es una ciudad en la que los habitantes quieren estar. Han sucumbido a las normas de Dios. Han sido vestidos en Cristo, no su propio intento de bondad. Quieren adorarle a Él y vivir en su ciudad.

Todos están invitados a vivir en la Nueva Jerusalén. «Sus puertas estarán abiertas todo el día» (Apocalipsis 21.25). Siempre están abiertas. Todos están invitados. Pero no todos pueden entrar. «Nunca entrará en ella nada impuro, ni los idólatras ni los farsantes, sino sólo aquellos que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, el libro del Cordero» (Apocalipsis 21.27).

Aquí es cuando hacemos la pregunta: «¿Qué pasa con los que no están escritos en el libro de la vida del Cordero?». La respuesta simple es que van a vivir a otro lugar. Y ese lugar es el infierno.

Mientras que Dios habita en el interior de la ciudad con su pueblo, el infierno existe ***fuera*** de la ciudad. Tendemos a imaginarnos el cielo como «ahí arriba» y el infierno «ahí abajo». La Biblia no nos enseña eso. En realidad, el cielo vendrá a la tierra. En Apocalipsis encontramos que la Nueva Jerusalén bajará del cielo. Dios creó el cielo y la tierra y los está reconectando al final de la historia tal como estaban al principio. Pero lo que los separó no puede estar presente en esta ciudad nueva. Todo el mal: la mentira, el engaño, el abuso, el asesinato, los narcotraficantes, la idolatría, la lujuria, la violencia, la avaricia, o simplemente la gente que quiere vivir bajo sus propias reglas en lugar de las de Dios son dejados fuera de la ciudad. Y Dios llama a ese lugar infierno.

Para Jesús, en infierno era un lugar real y físico. La palabra en griego es *Gehenna.* «Ge» significa «valle», y «henna» es una transliteración de la palabra hebrea «Hinnom». El valle de Hinnom aparece en el Antiguo Testamento varias veces. Se le conocía por dos cosas.

4 Ibid, 7.

Primeramente, se le conocía como un lugar de idolatría. Israel iba ahí y se contaminaba con dioses ajenos y las prácticas religiosas de sus vecinos. Segundo, se le conocía como un lugar de injusticia. Israel iba ahí para matar a sus niños. El valle era identificado como lugar de sacrificio infantil.

El valle de Hinnom era un lugar en el que la gente escogía apartarse de Dios y eran crueles e injustos entre ellos. La gente encendía fuegos en sus actos de devoción a otros dioses.

Nos adelantamos al Nuevo Testamento, en el que se menciona la palabra Gehenna 12 veces, 11 de las cuales son en los Evangelios. Un ejemplo está en Mateo 18.9. Jesús estaba enseñando acerca de los niños; acerca de recibirles y tratarles bien. A continuación dice: «Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo y arrójalo. Más te vale entrar tuerto en la vida que con dos ojos ser arrojado al fuego del infierno».

«Infierno» en ese versículo es «Gehenna». Los discípulos sabían de lo que estaba hablando. Era un lugar cruel e injusto. Si alguien quería estar con Dios, este no es el lugar en el que querría estar. Conocían este lugar por su trasfondo hebreo. Sabían que los profetas advertían acerca de él.

Pero también conocían este lugar como otra cosa: el vertedero de Jerusalén. Hay una tradición que dice que el valle de Hinnom era en los días de Jesús el vertedero de Jerusalén. Todos los desechos de Jerusalén se llevaban a ese lugar fuera de la ciudad y se quemaban ahí. Se podían ver y oler los restos que ardían día y noche.

Jesús está diciendo que el pecado que nos aparta de Dios debe ser quemado. No vale para nada. Atará nuestras vidas. La vida estaba en el interior de Jerusalén. La muerte estaba afuera de sus muros.

Por lo tanto, al contrario de lo que creemos, el infierno no está «ahí abajo». Está «ahí fuera» y está «en nosotros». *Y Dios quiere sacar el infierno de la tierra y de nosotros.* Por lo tanto, le asigna al mal del mundo un lugar llamado infierno y lo contiene ahí.

Él lo contiene ahí por dos razones. Él protege a las personas que quieren vivir en esta ciudad con Él como gobernador. El mal no puede crear como Dios lo hace. Pero puede corromper. Lo único que puede hacer es corromper lo que Dios ha creado. Siempre quiere invadir el espacio que Dios ha creado. Como un parásito, lo único que puede hacer es vivir a costa de algo bueno que Dios ha creado.

Por lo tanto, Dios protege a su pueblo en la Nueva Jerusalén no permitiendo que lo sucio, o detestable, o falso entre.

Pero también contiene el mal en el infierno por su misericordia. C. S. Lewis lo dijo así en *The Pilgrim´s Regress:* «es el último servicio del lugarteniente a aquellos que no le permitan que haga algo mejor por ellos».5 Es la forma de Dios de poner límites al mal que pueden hacerse a sí mismos aquellos que se niegan a que Dios les sane. Porque se harán daño a sí mismos. Eso es lo que hace el pecado. Hace daño a la creación. Hace daño a las relaciones. Es lujurioso, violento y avaricioso. Por sí solo, solamente empeorará. Por lo tanto, Dios, en su misericordia, lo contiene.

Es como alguien cuyo brazo tiene un corte muy grave (los tendones se han desgarrado y la sangre fluye) y no permitirá que el cirujano le opere para coser la herida para que pueda sanar. Lo único que podría hacer es ponerle una venda y dejar que se vaya. Él no hace esto porque odie a la persona. Lo hace porque la persona no permite que se haga nada más.

Lo cual nos lleva de nuevo a las dos ciudades. En una se encuentra la sanidad para aquellos que saben que la necesitan. En la otra están aquellos que la necesitan pero no quieren ser sanados.

5 Ibid, 336.

«Deléitate en el Señor, él te concederá los deseos de tu corazón», dice Salmos 37.4. Y como caballero, Dios es fiel a su palabra. A aquellos cuyo deseo del corazón es vivir apartados de Él, no recibir su toque sanador, y vivir consigo mismos en el centro, les da lo que desean. ***No les tortura.*** Les entrega a sus propios deseos para que vivan con ellos fuera de la ciudad.

Pero dentro de la ciudad está la vida. Y aquellos cuyo deseo es deleitarse en Él vivirán ahí para siempre. Puedes escoger esto hoy. Y puedes comenzar a prepararte para la vida en la Nueva Jerusalén hoy.

Esto es lo que aprenderemos en las próximas 10 semanas: las prácticas de aquellos que viven con Dios. Por ahora, puedes tener esperanza para el futuro. ***Puedes permitir que el Dios que puede sanarte saque de ti el infierno.***

Pero por ahora, tienes una decisión que tomar. ¿En qué ciudad vivirás?